

## ESA HISTORIA QUE NO ACABA...

*La historia que no acaba* es la angustia, la vida que jamás deseáramos, el encadenamiento uncidos a los otros, la fricción en la herida que no llegó a cerrar. Fatiga... Desaliento.

*La historia que no acaba* es la daga escondida en los pliegues del alma, el reguero sangriento que nadie ve en nosotros... Es la «hoja desprendida» que dijera el poeta, y que aún danza en el viento.

Un morir cada día y un poco en cada cosa;  
la luz trocada en brumas y en espinas la rosa  
y agotado el acervo mejor de nuestros años

caer entre lo anónimo y vulgar, sin grandeza,  
sin heroísmo nunca, sin arte, sin belleza...  
(Una cama y un número y unos rostros extraños).

E. L. TRANSÍ



# ESPAÑA Y LA INMACULADA

## EN TORNO A UN CENTENARIO

ARDIENTE DEVOCION A LA VIRGEN, DEL CESAR CARLOS V

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA

**R**ISUEÑA y atrayente fué la fiesta de la Purísima, para recordar la vocación inmaculista del Emperador Carlos I de España y V de Alemania, con motivo del 4.º Centenario de su óbito acaecido en nuestra provincia en el famoso monasterio de Yuste, que aparece enclavado entre las frondosidades de La Vera, como una honrosa condecoración, prendida en el pecho de esta noble y heroica Extremadura.

Porque este poderoso César, heredó la más piadosa devoción a la Virgen Purísima de sus gloriosos progenitores, hasta el extremo de que, llegado a España, continuó usando la fórmula de nuestros monarcas — signo devocional que guió la clara estrella de los reyes de España —, concebida en estos sinceros términos: «La bienaventurada Virgen Santa María a quien tenemos por Señora e Abogada en todos nuestros fechos».

Su rendida admiración hacia el Ministerio de la Inmaculada, lindo capullo de las prerrogativas marianas, le hizo figurar como cofrade primero y hermano mayor de la Cofradía fundada, nada menos que por el Cardenal Cisneros en Toledo, en honor de la Purísima Concepción, recabando después del Pontífice Adriano VI la gracia de elevarla al rango de archicofradía, adornada de numerosos privilegios: Sus estatutos, aparecen autorizados con la real firma del César.

El insigne historiador Fray Francisco de Torres, recuerda, que, «el invictísimo Emperador, mandó dar y dió favores que de su Cesárea Majestad se esperaban para que esta gloriosa Virgen fuese servida y su fiesta de la Santa Concepción fuese celebrada, como en su corte imperial se celebra». Y además, afirma, que Carlos V, «exhortaba a los Prelados a que promoviesen la devoción a la Inmaculada y propagaran su cofradía».

El propósito de Carlos V, era extender como aurora radiante de luz celestial a todos sus vastos dominios, esta fúlgida devoción a María Inmaculada, pues según el propio César, «quien triunfó del demonio mejor triunfaría de los enemigos del Rey». Carlos V, como

los reyes de la Corona de Aragón y de Castilla pusieron sus pueblos a la sombra deliciosa del manto acogedor de la Virgen bella y pura, tan cercana a Dios: En todas sus empresas, Carlos V acudía a la potencia mediadora de la Virgen, camino seguro para llegar a Cristo-Jesús.

En Villalpando, la guerra de las Comunidades, se hizo a favor del Emperador bajo la bandera azul de la Inmaculada, y el grito de sus leales estaba alentado por la consigna rigurosa: «Santa María y don Carlos», frente a «Santiago y libertad», de los comuneros.

Todavía se conservan, como oro en paño, en la Armería Real, cuatro arneses de Carlos V que llevan esculpida la atrayente imagen de la Purísima Concepción. Y el grave historiador P. Alava señala que en su tiempo había doce arneses del César con la gentil figura de la Inmaculada. Otro símbolo concepcionista que ilumina los pasos triunfales de Carlos V es su histórico guión de campaña, que estaba adornado con la imagen de la Santa Madre de Dios, en este misterio de su Concepción limpia de toda culpa original.

A semejanza de los primeros monarcas de la Reconquista de España, el pensamiento inmaculista dominante de Carlos V se cifraba en esta piadosa invocación mariana: «¡Oh Santa e Inmaculada Virgen María, apresúrate y ven en auxilio de los que te invocan!».

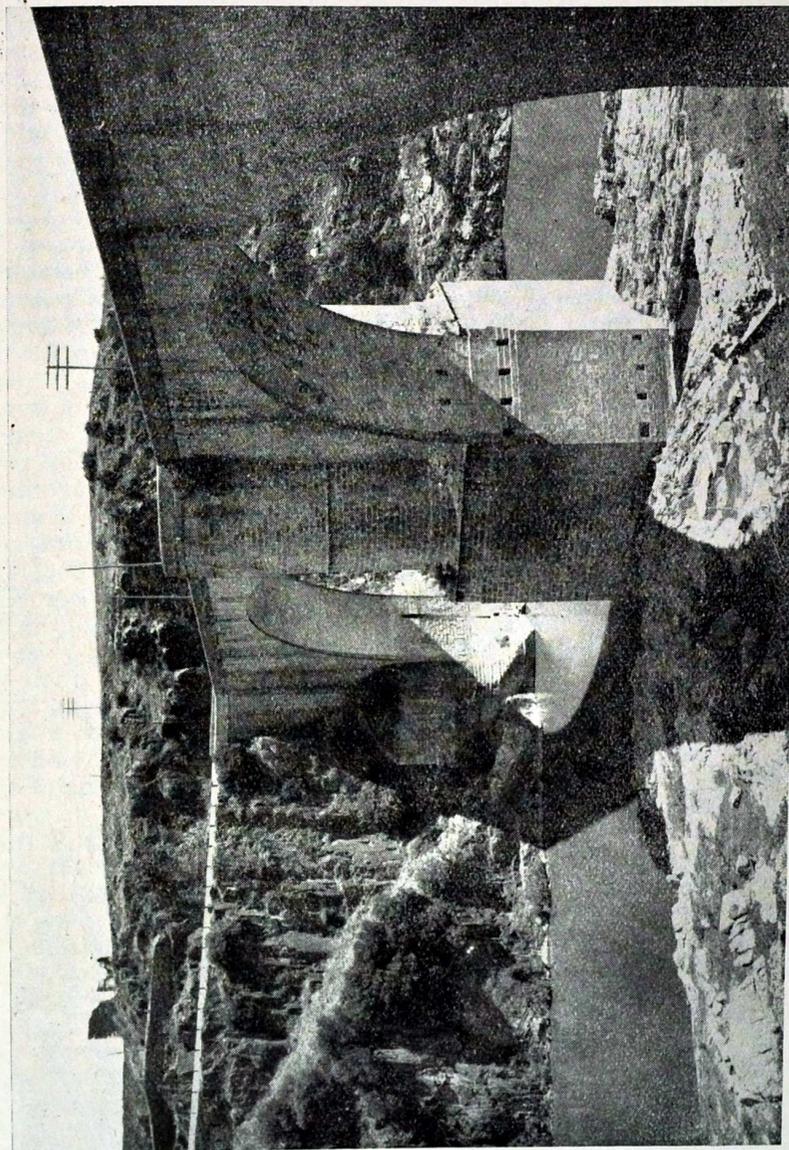
Devotísimo de Nuestra Señora de Guadalupe, como sus ilustres ascendientes, el César Carlos V, no visitó con tanta frecuencia este renombrado monasterio por causa de las numerosas contiendas que le obligaron a estar ausente, pero en aquel «paraiso» deleitoso, como le llamara la Reina Católica, pasó en retiro y quietud espiritual la semana santa y pascua del año 1.525, colmándole de generosa protección en varias ocasiones y recibiendo de la comunidad de frailes jerónimos una amplia ayuda económica para las guerras en que estaba empeñado el monarca más poderoso de la tierra, en defensa de la Cristiandad.

El 19 de Abril de 1.528 Carlos V hizo jurar heredero, al príncipe don Felipe, ante la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que se venera en Madrid, en San Jerónimo. Y resuelto el César, en dotar al templo del monasterio de un gran retablo, encomendó su estudio a Juan de Borgoña, si bien hasta el reinado de su hijo, Felipe II, no pudo llevarse a cabo esta maravillosa obra, que tanto realza ahora el templo basilica de la Hispanidad.

Notemos de paso, cómo el Emperador a instancia del piadoso prior de Guadalupe, Fray Hernando de Sevilla, liberó al pueblo de un fuerte y odioso tributo que había de pagar a los reyes, por habersele negado al monasterio, generosidad del César, que produjo el natural contento entre el vecindario, terminando con pleitos enojosos y graves luchas.

De idéntica forma, Carlos V., sentía una filial devoción por la Virgen de Monserrat, cuyo venerado santuario visitó varias veces colmándole de mercedes.

En Monserrat se reunía el César, en el refectorio, con los religiosos a los que estimaba como inteligentes y leales consejeros.



ALBUM EXTREMEÑO: Almaraz. Puente sobre el Tajo. (Foto Mas)

Por el año 1526, cuando el Emperador fué a Sevilla a contraer matrimonio, antes de llegar al alcázar en donde se encontraba su bella prometida, Isabel de Portugal, fué a postrarse a los pies de la Virgen de la Antigua, a la que visitó con frecuencia durante su estancia en la hermosa capital andaluza, mandando copiar la imagen de María, cuyo retrato llevó consigo en las guerras contra los protestantes, pero dejando al fin, como recuerdo en el convento de San Pablo, en el que se fundó una cofradía formada por los señores más notables de esta gentil ciudad, la más inmaculista del mundo.

Una nueva y ardiente gratitud del César hacia la Reina del cielo, le impulsó a regalar el rico manto imperial, usado el día de su coronación, a la Virgen del Sagrario en Toledo. Y ante la Virgen de Atocha en Madrid, a la que atribuyó el triunfo de la famosa batalla de Pavía, asistió el Emperador a la Misa, letanía y procesión que se celebró en acción de gracias. Cuando Carlos V donó a los dominicos el santuario de Atocha, estuvo presente en las brillantes fiestas el día de la Inmaculada: Carlos V, como buen rey español, celebraba todos los años esta atrayente festividad y tomaba parte activa en la grandiosa y popular del «Corpus Christi» español. ¿Quién no recuerda al Emperador portando una vara del palio en las solemnes procesiones del Corpus de Zaragoza, Barcelona y otras ciudades españolas?

Dícese, que Carlos V, proyectó levantar una gran catedral en Madrid en honor de la Santa Madre de Dios, y que tal intento que no se llevó a feliz término por dificultades surgidas con el Arzobispado de Toledo.

Un buen día en Zaragoza, ciudad de la Virgen, arrullada por la canción cristalina del Ebro, río mariano, fundó el Emperador una cofradía en honor de Nuestra Señora. Y en las ordenanzas de 1518 en la misma ciudad, según el prestigioso historiador P. Bayle, manda, que en todas las iglesias de América se pusiera una imagen de la Madre Purísima y que se enseñara a los indios el Ave María y la Salve, regalando una imagen de la Virgen del Pilar a la catedral de La Paz. Además, el propio César español ordenó el envío de numerosas imágenes de María a las Indias, para fomentar la devoción a tan celestial Señora. También el César ordenó ampliar en Bilbao el templo de la Virgen de Begoña, y en el santuario de Nuestra Señora de Nieva, por la devoción que tenían a esta bendita imagen la Emperatriz y su hija, dió órdenes de construir un aposento para ellas en el convento. Carlos V protegió con largueza el Monasterio de Santa María de Huelgas. Hizo generosas donaciones al santuario de la Encina de Arciniega. Otorgó a la Virgen del Pueyo de Belchite el privilegio de que para ella se pidieran limosnas en Aragón. Y otro día, habiéndose encomendado el Emperador en una grave enfermedad a Nuestra Señora de las Cortes en Alcaraz, sanó rápidamente en la hora que el pueblo celebrada la procesión con la milagrosa imagen, rogando al cielo por su salud.

Igual devoción mostraba el Emperador ante las imágenes de María en los santuarios extranjeros: Carlos V., visitó el célebre santua-

rio de Loreto con gran piedad y devoción, y estando en Mantua se postró muchas veces a los pies de la Virgen de la Gracia, atribuyendo a la protección de la Virgen el triunfo en la famosa batalla contra los herejes alemanes, en Muhlberg.

Tal era la devoción de Carlos V a la Virgen Purísima, que según el cronista Alonso de Santa Cruz «ayunaba todas las vigiliass de Nuestra Señora y oía sermón cada fiesta», y como patrona de los consejos imperiales, proclamó a Nuestra Señora del Buen Consejo.

Otro veraz historiador, Fray Paulino Alvarez, añade que el Emperador cada vez que recibía noticias que precisaban serio estudio y meditación, solía decir: rezaré mi rosario a la Virgen María y después pensaré y resolveré. De nuestro católico Caudillo, refieren sus íntimos que en los casos graves de gobierno, su capellán expone el Santísimo y después de pedir luces a Dios, estudia y resuelve: la historia se repite en nuestra Patria en los grandes hombres.

Este poderoso Emperador, rogaba con frecuencia a la Reina del cielo, la gracia de una buena muerte, y se sabe que pidió una vela de Nuestra Señora de Monserrat para que le iluminara en este tránsito supremo. Así, Carlos V rindió su postrer tributo con el cirio encendido, símbolo de su ardiente devoción mariana, en tanto que una linda azucena que abrió aquel día en la ventana de su celda, fué colocada en el sagrario como recuerdo de su viva fe eucarística.

De este modo, el glorioso nieto de los Reyes Católicos, en vida y muerte, sintetizó los dos grandes amores de España: El amor a Jesús Sacramentado y a María Inmaculada.



PARA

SUSCRIBIRSE A

**"ALCANTARA"**

Basta con llamar los días laborables al teléfono n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

## LA LAVANDERA

Te ví al regreso de la brega dura  
con tu cesto brutal a la cabeza;  
resignada y humilde, en la pobreza  
de tu existencia anónima y oscura.

A la luz del crepúsculo, insegura,  
eras visión de trágica grandeza;  
en tus ojos sin luz, ¡cuánta tristeza!  
en tu pálida faz, ¡cuánta amargura!

En los momentos de tu hogar sin calma,  
el gran Vesubio que arderá en tu alma  
y que tu vida, destructor, agota,  
será un «yo acuso» que alzaré tu seno  
hacia ese mundo de injusticias lleno  
que tu indignancia y tu dolor explota.

VICENTE NERIA